

M^a Fernanda Lacilla Ramas

Contribución de la familia a la educación para la vida

RESUMEN: El presente estudio intenta contextualizar a la familia desde varios aspectos educativos y antropológicos, además se presenta una visión actual del horizonte educativo de las familias donde se observa dos problemáticas fundamentales en el seno del hogar como: la escasa vida familiar y a la convivencia causada por el postmodernismo. Por otro lado; se demuestra el verdadero fin de la educación y la misión educativa de la familia, integrando pautas de una reconciliación familiar como la fidelidad, amor, capacidad de espera, alegría, humildad y especialmente educar en la libertad y responsabilidad.

PALABRAS CLAVE: Educación familiar; Antropología; Reconciliación.

Family contribution to education for life

ABSTRACT: The present study tries to contextualize the family from various educational and anthropological aspects, and also presents a current vision of the educational horizon of families where two fundamental problems are observed in the heart of the home such as: the limited family life and coexistence caused by the postmodernism. On the other hand; It demonstrates the true end of education and the educational mission of the family, integrating patterns of family reconciliation such as fidelity, love, ability to wait, joy, humility and especially educate in freedom and responsibility.

KEYWORDS: Family Education; Anthropology; Reconciliation.

Artículo [SP] | ISSN: 2386-3994 | Recibido: 2-Diciembre-2019 | Aceptado: 27-Diciembre-2019.

Es importante crear espacios de reflexión en los que la familia recupere la *conciencia de su ser* y de su *misión histórica*, frente a la ambigüedad y desorientación que le rodea. En este sentido, quisiera apoyar este propósito aportando algunas consideraciones sobre lo que creo que es hoy más importante en la misión educativa de la familia, teniendo en cuenta el horizonte que me brinda la concepción antropológica y educativa de Fernando Rielo. Tendré presente también tanto la preocupación que muestra el magisterio del Papa emérito, Benedicto XVI, al hablar de la emergencia educativa, como las

► M^a Fernanda Lacilla Ramas, M.Id., Fundación Fernando Rielo, España; Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Universidad Eclesiástica San Dámaso; España. **Autor de correspondencia:** (✉) mflacilla1@hotmail.com.

oportunas reflexiones del Papa Francisco en la Exhortación *Amoris Laetitia*, cuyo capítulo VII es de una extraordinaria luz, práctica y concreta para la educación en los tiempos actuales.

Introducción

Vivimos hoy en una situación social y cultural muy difícil para la familia y para la educación. Se da el contrasentido de que siendo la familia el espacio afectivo por excelencia, el vínculo natural que responde a una *exigencia originaria* del ser humano y de la sociedad, que hay que cuidar y respetar¹; sin embargo, hoy está siendo agredida desde muchos frentes tanto de **orden interno**, en relación a los miembros que la constituyen, como de **orden externo**, por intereses ideológicos, políticos y económicos. Así, la familia está sufriendo un debilitamiento en sus funciones más sagradas, como es el campo de la *vida* y de la *educación*, y no pocas veces acaba entregando lo que es propio de su función educativa a otras entidades corporativas o del Estado, creando así una *dependencia* de los valores familiares respecto de la *moralidad*, *creencias* e intereses que marcan la vida *política* y la *cultura* ambiental, con el agravante de una menor presencia de los padres por la hiperactividad y stress que comporta la exigencia actual de la vida laboral, la pluri-ocupación del tiempo libre y la inversión de valores de una sociedad sin referentes elevados. ¡Cuántas veces muchas familias dejan que los *mass media* y *las redes sociales*, les invada su espacio propio de comunicación contaminándoles con una manera de entender la vida y las relaciones interpersonales totalmente superficiales y efímeras! Es evidente que padecemos: por un lado una **escasez de vida familiar** y por otra unas problemáticas muy fuertes **en orden a la convivencia**.

Algunos rasgos del panorama actual del horizonte educativo

Benedicto XVI en sus reflexiones sobre la «emergencia educativa» señalaba la situación de precariedad a la que se ha llegado actualmente en la educación *en lo*

¹ «La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado» (Art. 16 de la Declaración Universal de Derechos Humanos). El Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas aprobó el 1 de julio de 2016, por 32 votos a favor, 12 en contra y 3 abstenciones la Resolución sobre la Protección de la Familia, que reafirma que es la «unidad natural y fundamental de la sociedad» y reconoce su «rol clave» en el desarrollo social.

que tiene que ver con lo más importante de la **persona**: saber **quién es** y **hacia dónde** caminar. El Papa emérito venía a decir que en la educación actual falla la transmisión de las certezas esenciales en torno a las cuales construir la propia vida, la capacidad de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal, la capacidad para el amor auténtico, para cuidar la salud, no sólo física sino también moral; para ejercer una verdadera libertad de modo responsable, colaborar con los demás y dar un sentido a su vida.

Queremos lo mejor para los hijos, pero desgraciadamente la sociedad no nos orienta bien en saber qué es lo bueno, o mejor aún, lo perfecto, el término más valioso al que conducir la educación de nuestros seres queridos. ¿Y cómo nos va a orientar si en nuestra época se vive una fragmentación de visiones sobre lo que es el hombre, lo cual afecta profundamente también a la educación? Vean este sencillo diagnóstico que hace el profesor Noriega:

La educación hoy se encuentra con el drama de haber perdido la visión del todo y poseer solo fragmentos. Le falta entender quién es el hombre; más aún, cuál es su destino, a qué está llamado, cuál es su plenitud. Al poseer solo los fragmentos que le ofrece la técnica pedagógica, pretende afrontar una tarea imposible, por lo que enseguida pierde altura y vuelo. La educación ha pasado de ser la iniciación en el «arte de la vida», a una técnica de «métodos pedagógicos» con los que formar profesionales (Noriega Bastos 2010, pp. 107–108).

¿Cuál es la causa que ha llevado a este panorama?

El ser humano desde la Modernidad se ha querido entender a sí mismo de modo autosuficiente, despojándose del fundamento trascendente de su ser, y este **antropocentrismo** ha ido devaluando progresivamente la consideración sobre el ser humano en las distintas corrientes de pensamiento en la Época Contemporánea (naturalismo, marxismo, psicoanálisis freudiano, estructuralismo, deconstruccionismo postmoderno, post-humanismo) que lo miran reductivamente como «algo» material, cuantitativamente más dotado, y no como «alguien» cualitativamente constituido y creado como **un ser en relación con Dios**, único, singular y sagrado. Una educación edificada sobre la base de un paradigma meramente **antropocéntrico**, **no** encuentra **base para sostener**, como algo **universalmente válido la visión del fin último de la vida del hombre, ni de las verdades** que pueda *conocer* o transmitir, ni de los **bienes**

o virtudes que merece la pena *desear*. La prueba está en que se ha ido produciendo una ruptura y fragmentación progresivas en la visión de la vida bajo la persuasión de que no hay *verdad última*, ni verdades absolutas y que, por tanto, hay que renunciar también a las *raíces históricas* de nuestra cultura. Esto nos deja en un relativismo subjetivista, al albur de una razón pragmática y de la presión propagandística en la que se va imponiendo sucesivamente la corriente de opinión de moda. Este **presentismo postmoderno** (vid. Duch 1997) que afecta también a la educación, la arrastra a no poder ofrecer horizontes de sentido desde los cuales construir la propia vida. Decía Benedicto XVI a este respecto:

Cuando existe una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, en última instancia, de la bondad de la vida. Se hace difícil, entonces, transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles sobre los que se puede construir la propia vida (Benedicto XVI 2008).

Vemos pues las *consecuencias* de haber *descartado el fundamento trascendente divino de la vida del hombre*, lo cual nos ha encerrado en nuestra *propia limitación* y nos ha *roto por dentro, con una fragmentariedad a la deriva*. A nuestros jóvenes, desde las propias instituciones académicas, se les ofrece este reduccionismo relativista en la visión de la realidad. La educación actual está impregnada de una lógica *materialista* movida por intereses *económicos*, *en ella predomina el horizonte de la inserción social empresarial y la adaptación a los valores imperantes de la sociedad*. ¿Y cuáles son estos valores de moda? Estamos en una sociedad que prioriza el *éxito, la competitividad, la eficacia*; promociona lo *utilitario, lo superficial y cambiante*. Las **relaciones** que se generan en esa falta de fundamentos sólidos son transitorias, volubles, *líquidas, sin marcos de referencia*, con una realización personal, afectiva, sexual a la carta, sin más fundamento que el *emotivismo irracional de cómo se siente subjetivamente cada uno en su identidad* y, por desgracia con un *silenciamiento poderoso de Dios*, precisamente de Quien nos constituye y es garante de nuestra verdadera dignidad, libertad y destino trascendente.

Este panorama ha afectado también a la misma vida familiar con una *desestructuración en las relaciones* que daña profundamente el proceso de maduración afectiva y la estabilidad emocional de los niños y jóvenes, donde no

hay apenas instancias que de verdad ofrezcan referencias firmes, modélicas, que *hagan visible el horizonte de perfección de la persona* y de la sociedad.

Este diagnóstico del mal que sufre la familia y la educación es verdaderamente preocupante, pero lejos de sumirnos en un abatimiento lleno de desesperanza constituye un *reto indeclinable* para la familia, por todo el poder beneficioso que tiene cuando está construida sobre un verdadero amor. Hay que superar el problema desde su verdadera **raíz**, desde lo único que puede devolvernos la salud. Esto implica **otra forma de entender a la persona y la educación en el seno de la familia**. Dejar la educación de los hijos en manos de los intereses sociales empresariales, que buscan solo el mayor rendimiento económico, y de los intereses políticos coyunturales, sería una irresponsabilidad. De esto es de lo que nos queremos ocupar principalmente.

El verdadero fin de la educación y la misión educativa de la familia

a. El horizonte al que apunta la verdadera educación

En la declaración *Gravissimum Educationis* del Concilio Vaticano II sobre la educación cristiana se nos decía que: «La verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden **a su fin último y al bien de las varias sociedades**, de las que el hombre es miembro y de cuyas responsabilidades deberá tomar parte» (GE n. 1).

Esta referencia conciliar a la «**verdadera**» educación evidencia, por un lado, la diferencia de esta con la **mera instrucción**, centrada solo en el *ámbito intelectual*, mientras la educación debería abarcar e integrar *todos los ámbitos, niveles y dimensiones de la persona*, ir más allá del aprendizaje de los contenidos científicos y tecnológicos y el desarrollo de una serie de habilidades sociales o emocionales; aunque comprenda todo eso, su objetivo es aún más importante: **hay que aspirar a conocer la verdad más profunda que alumbra toda la realidad, incluida la del hombre**.

Si la sociedad tiene los condicionantes y cortapisas culturales descritos **¿quién mejor que la familia puede asumir la responsabilidad de educar a sus hijos para la contemplación de la verdad de uno mismo, de cuanto nos rodea y de Dios**, incluyendo la respuesta a los principales interrogantes sobre el sentido y destino de la vida, de la historia, y del bien anhelados?, **¿quién enseñará a**

trascender lo inmediato, y a buscar aquello que más toque y sacie la sed existencial que nos acucia?

No es suficiente pensar **la educación como preparación para la vida** con miras a la **supervivencia** en una sociedad **fuertemente competitiva**. Si se focaliza ahí la preocupación de los padres, se traslada a los hijos una dosis de incertidumbre e inseguridad aun después de haberse preparado e hiperespecializado. **Quedarse solo en este horizonte engendra una visión pobre y temerosa** respecto de su relación futura con la sociedad. ¿Quién les abrirá los ojos al **poder transformador y constructivo** de lo que cada uno de nosotros podemos **aportar al bien de los demás**, asumiendo la responsabilidad de ser **agentes de mejora** de la sociedad, en orden a los valores fundamentales que reclama la dignidad de cada ser humano?

¿No es esto lo más importante y primordial en la educación que bien merece todo nuestro esfuerzo y creatividad? Hay que **pensar la educación**, y con mayor motivo en el seno familiar, **en clave de perfección en el arte** de conseguir una **vida lograda en la belleza del amor, en el bien, en la verdad...** en medio de las circunstancias de la vida, cuales quiera que sean. Esto sí que apunta verdaderamente a «**saber ser, vivir y convivir**».

El **objeto y fin de la educación** es una de las cosas que tienen mayor y más alto alcance, porque pretenden impulsar el desarrollo total de la persona. **Conocer el misterio de nuestro ser y la grandeza de nuestro destino es la clave que la educación necesita para no ir a ciegas** hacia el **término valioso que da significado** a todo el proceso y protege de cualquier intento de *instrumentalización*.

Solo si nos vemos **como seres sagrados** se nos revela **la esencia que llevamos dentro y el fin último de nuestras vidas**, que es el que marca *el sentido* del que está impregnado todo el despliegue de nuestra existencia, aquello que nos plenifica, realiza y aporta *la íntima felicidad* en la que nuestro ser encuentra su centro, su ajuste, su descanso, como diría San Agustín.

b. ¿Cuál es la clave del pleno desarrollo del ser que somos?

En medio de ese antropocentrismo autosuficiente moderno que ha llegado al delirio de vislumbrar el posthumanismo, se alza con fuerza un nuevo paradigma

que Fernando Rielo llama **teantrópico**². El término quiere recoger la **acción de Dios en el hombre, con el hombre. La divina presencia en nuestro espíritu es la relación constitutiva e intrínseca que nos define**. No nos *define* un concepto como nota específica de nuestra naturaleza, sino otra persona, pero no puede ser una persona finita, sino que tiene que tener *capacidad de dar razón de nuestro ser en términos absolutos, de saciar toda nuestra sed existencial, y dotarnos de todo cuanto exige el imparables camino de nuestro desarrollo perfecto*. Como dice F. Rielo, el ser humano es un **ser finito abierto al Infinito por el propio Infinito**. *Finito* por la condición creatural de su naturaleza (un espíritu sicosomatizado); pero, al mismo tiempo, **abierto al Infinito por la divina presencia en su espíritu** que le constituye como persona a su imagen y semejanza, dotándole de un patrimonio espiritual que lo haga efectivo.

Desde este paradigma ya el hombre no se explica por sí mismo, ni su substancia es algo cerrado en sí mismo, es + que sí mismo ya que es Dios quien le define, le estructura y vivifica; y a Él, a su divina presencia, está constitutivamente abierto: «El rostro o talante por el que el ser humano adquiere la categoría de persona es la divina presencia constitutiva del sujeto absoluto en su espíritu» (Rielo 2001, esp. «Tratamiento sicoético de la educación») —nos dirá, y comporta la riqueza de un **patrimonio ontológico** que nos hace a su imagen y semejanza, para que podamos desarrollar todo el despliegue de la personalidad filial de la que nos ha investido³.

² Fernando Rielo aporta de un modo sistemático, profundo y bien fundamentado un sistema filosófico, la concepción genética del Principio de Relación, que **entiende al ser humano en su relación constitutiva con quien lo define**. «*Todos los seres humanos —nos dirá F. Rielo— poseen en su espíritu los caracteres hereditarios del ser divino porque por Él han sido creados a su imagen y semejanza. Somos, por tanto, definidos por inhabitación de la divina presencia constitutiva que, herida por el pecado original, hizo de nuestra naturaleza una filiación esclávica; sin embargo, permaneció aquella categoría deitática confirmada por Cristo: «¿No está escrito en vuestra Ley: Yo he dicho: dioses sois?» (Jn 10,34). Si somos, entonces, místico u ontológico dios del divino o metafísico Dios, llamados estamos por la redención de Cristo a ser elevados de la filiación esclávica a la filiación liberta. ¿Cómo? Reproduciendo en nosotros, por medio de la gracia, la propia imagen de nuestro Hermano divino (cf. Rom 8,29) con el que hemos sido instituidos coherederos (cf. Rom 8,17): «Ya no eres esclavo, sino hijo, y tuya es la herencia por la gracia de Dios» (Gál 4,7)» (Rielo 1996).*

³ «La Santísima Trinidad, con sujeto atributivo en el Padre, crea e infunde, en el momento de la concepción, nuestro espíritu con su divina presencia constitutiva en lo que he denominado “precedente homínido”. Nos infunde con ello la paternidad divina y, por tanto, una conciencia filial heredada. Nos la da en herencia. Nosotros podemos conocerla, no conocerla, dudar de ella, negarla, negar la religión a la cual pertenecemos — que es, en definitiva, una organización—; pero, ciertamente, somos —y esto es revelado— imagen y réplica de quien nos creó y, por tanto, hemos recibido, ontológicamente, una herencia genética, que no podemos remitir a ningún otro origen, sino directamente al sujeto absoluto constituido por un Padre, concelebrado por el Hijo

Partimos pues en el acto educativo de que la persona tiene por esencia de su ser **su filiación constitutiva con relación a Dios**, y que está dotada de un **patrimonio genético**, no en un sentido biológico, sino ontológico, de caracteres hereditarios semejantes a los divinos: atributos, dones, virtudes, leyes que son disposicionales que le hacen poder aspirar a la perfección, porque está hecha por Él y con semejanza a Él, solo que con una naturaleza debilitada y vulnerable por el pecado original, como tenemos ocasión de experimentar en nuestro desempeño diario. Sin embargo, con la redención de Cristo, por medio del bautismo, nuestra filiación queda elevada de constitutiva a santificante, y con ello nuestro ser queda enriquecido y en condiciones de poder desarrollar toda la grandeza de la personalidad a la que nos llama, que no es otra que la **santidad o perfección en el amor que Él es en grado absoluto**, lo cual no nos ahorra el esfuerzo moral de la libre respuesta de nuestra apertura a la gracia.

c. La misión educativa más importante de la familia desde esta clave antropológica

La podríamos sintetizar en esta respuesta o formulación: *educar para la Vida desde el valor de la vida; esto es desde la calidad de la vivencia.*

Cuando F. Rielo emplea el término **vivencia**⁴ no se refiere a las **experiencias** por las que vamos pasando a lo largo de la vida, sino a algo previo y fundamentante que **nos vivifica** por dentro, esto es **el vínculo con nuestro Creador**, es **el amor originario** que nos ha traído a la existencia y que constituye nuestra esencia, y por tanto la clave de nuestra salud integral y realización plena y feliz. **Este vínculo es la vivencia más honda y más íntima que podemos tener** y late en lo más profundo de nosotros mismos convocándonos siempre a una mayor plenitud. *Pues bien, existe una relación intrínseca de la vivencia con la convivencia. La calidad de nuestras relaciones* reflejan el estado interior de amor que recibimos y cultivamos, *si lo cuidamos adecuadamente comporta la construcción de una convivencia realmente rica*, donde prima la unidad, el disfrute del amor, que es lo propio de una vida familiar a la que todos aspiramos, porque la llevamos inscrito en lo profundo de nuestro ser.

y el Espíritu Santo». (Rielo 2012, p. 109).

⁴ Sigo a F. Rielo que distingue la vivencia de la experiencia.

Dios ha creado nuestro **espíritu** como verdadera **potencia de unión** con Dios y con los demás, y adquiere verdadera **fuerza** unitiva en virtud de la divina presencia constitutiva del Absoluto en nuestro espíritu. Esta **energúeia** constituye la esencia de nuestro ser, y F. Rielo la llama **energía extática**, de ahí que el **modelo educativo** que aporta recibe el nombre de **educación en el éxtasis** porque se ocupa de la educación de esta fuerza unitiva para que adquiera la unidad, dirección y sentido que nos lleve a plenitud.

En su Pedagogía Fernando Rielo **se refiere al éxtasis como** «*salida de un estado de ser para entrar en otro estado de ser que incluye, a su vez, la salida de un estado de conciencia inferior para entrar en otro estado de conciencia superior*» (Rielo 2001, p. 138, esp. «Filosofía sicoética»). Así pues, *el éxtasis* es la capacidad que tenemos de *salir de* nosotros mismos, en el sentido de *ir a* un mayor estado de plenitud, abandonando un estado interior mediocre que se produce cuando no amamos auténticamente, desde el sabor de esa vivencia originaria. Éxtasis es *salir de* nuestros pensamientos negativos, prejuicios, escepticismos, de nuestros deseos egocéntricos, de nuestras tendencias instintivas y esclavizantes, para *ir hacia* lo más perfecto, noble y digno de ser amado, es decir para ir hacia Dios, que es la perfección que anhelamos, sepámoslo explícitamente o no.

*Este estado espiritual extático de nuestra conciencia viene de cultivar el amor que recibimos de Dios e impregnar con él nuestra **inteligencia** para vislumbrar la Verdad, nuestra **voluntad** para degustar el Bien y la **libertad** para unirnos a la Hermosura del Amor. Para lo cual es imprescindible la educación de **la fe, de la esperanza y de la caridad** como la forma más perfecta de conseguir el despliegue de la riqueza personal que tenemos. El punto de partida de **la mejor construcción de nuestra personalidad**, viene al **cultivar estas energías o virtudes teologales** porque suponen el crecimiento constante de seguridad en Dios, en quien ponemos la confianza, la esperanza y el amor como el más firme apoyo existencial para afrontar toda clase de pruebas y retos de la vida, y nos proporciona la forma más exquisita y perfecta de conducta en el uso de una libertad formada por el amor, con el ejercicio de todas las virtudes que comporta.*

Nos dice F. Rielo:

La educación tiene **el fin** de alcanzar un sumo bien que no es, ciertamente, cultural para el que ha sido positivamente predestinado: **su unión creciente y profunda con el Verbo encarnado** (Rielo 1992, p. 111).

Evidentemente a los educadores nos compete alumbrar de la mejor manera posible **la visión de nuestro destino** para **motivar al educando interiormente** en el camino de su libertad, Ahora bien, ¿tenemos claro los educadores —y los padres son los principales educadores— la grandeza de lo que somos y la plenitud de nuestro destino para mostrárselo a los que queremos educar? Esta es la principal cuestión para que la motivación nazca desde la fórmula verdaderamente eficaz, pues **los hijos necesitan de modelos que sean referencia para sus vidas**. Aquí nace el sentido más profundo de la **autoridad**.

Hoy más que nunca se necesitan educadores con autoridad que les hagan crecer, poniendo en marcha su esfuerzo de superación desde esta sabiduría del amor, conscientes de la **necesidad de dar claves para interpretar la realidad ligadas con la propia ejemplaridad**.

Los hijos necesitan ver **cómo vamos vertiendo en nuestro vivir concreto la visión de nuestro destino**; cuál es el enfoque, el sentido que le estamos dando a lo que hacemos, a lo que deseamos, pensamos, soñamos, a lo que nos sucede.

Ellos tienen que poder aprender a mirar la vida cotidiana con grandeza, con bondad, con sabiduría, viéndonos amar a Dios desde el don de saber amar la vida cotidiana, dando valor trascendente a todo lo que pasa, dando motivos para creer, para esperar, para amar..., **eso es lo que motiva nuestra capacidad extática**, lo que profundamente nos marca por dentro y lo conservamos como sólida referencia siempre para afrontar la vida del modo más valioso, para superar las dificultades que constantemente saldrán a su encuentro, para poder priorizar las necesidades que sientan. Nos decía F. Rielo:

Es buen educador quien, no sólo se comunica con el educando, sino que sabe hacer de la educación «arte extasiológico», esto es, un ars educandi que produce un estado activísimo de la libertad, inteligencia y voluntad del educando en tal grado que hace a éste salir de sí para unirse, con sentimiento de admiración y júbilo, a los ideales y actitudes que le son transmitidos. Formar esta conciencia extática, capaz de amar, de contemplar, recrear, asimilar y convivir el mejor bien, verdad y hermosura posibles, es el eje de todo progreso y desarrollo en la educación (Rielo 2001, p. 138).

¿**Cómo aprenderán el valor de la fidelidad**, que merece la pena comprometerse en un **vínculo** matrimonial y formar una familia?, ¿cómo creerán en ella y defenderán que es posible, a pesar de los vientos que corren? La respuesta es clara:

viendo en su propia familia lo que significa el amor, lo que tiene de saberse perdonar, ayudarse siempre, ser generosos, ser fieles a sus promesas, luchar por el mejor bien, sin perder la esperanza. Aprenderán a ser humildes y honestos consigo mismos viéndonos pedir perdón por nuestras torpezas o egoísmos, viendo cómo reconocemos que **no hemos sabido escuchar** suficientemente al otro, que nos hemos encerrado en nuestra idea, en lugar de buscar la verdad. Aprenderán a ser sinceros desde el impacto vivencial de nuestra propia sinceridad.

Enseñémosles desde nuestra sensibilidad espiritual a profundizar en lo valiosos que son, **simplemente por ser**, por haber sido traídos a la vida por un amor que les ha precedido y les ha destinado para amar, porque en lo más profundo de la conciencia de todo ser humano está marcada la necesidad de sentirse amado en términos absolutos, y nada menor nos puede satisfacer; y todo lo que se aleja de la incondicionalidad del amor con que nos sentimos amados nos causa heridas íntimas, nos daña y nos hace muy vulnerables. La incondicionalidad absoluta del amor pertenece a Dios, pero inmediatamente después, como reflejo suyo, debería de encarnar esta característica el amor de sus padres como espacio existencial que sirve de **hogar**, de suelo donde se teje la urdimbre afectiva de su subjetividad.

Este reconocimiento se configura como la verdadera piedra angular del entero proceso educativo, ya que abre a la gratitud: sabernos amados es comenzar a comprender la belleza de la vida. Es aquí donde encontramos la primera concepción de la bondad de la existencia, de la alegría de vivir (Noriega Bastos 2010, p. 111).

Es claro que necesitan reconocer en nosotros un amor sólido capaz de orientarles en la vida y tener firmeza ante la vehemencia con que muestran sus deseos más impetuosos. No un amor que nace de un desorden personal que se quiere compensar consintiendo con muchos de sus caprichos y exigencias, aun a riesgo de no ver las consecuencias que tendrán en sus vidas, y el vacío afectivo que paradójicamente van a sentir.

Quisiera compartir la experiencia de un niño, hoy ya anciano, respecto de la maravillosa herencia de la responsabilidad de la que un día le hicieron objeto sus padres:

Aquel día cumplía siete años y estaba radiante. Al caer la tarde, antes de la cena, su madre le llamó. Con el ademán propio de los momentos importantes le indicó que se sentara: «Escúchame, hijo» comenzó. «Hace ya siete años que tu padre y yo te recibimos de las manos de Dios. Te habíamos esperado, impacientes, durante nueve meses. Tu llegada para nosotros una prueba de Su amor. Desde entonces, cada mañana al despertarme te he tomado en brazos y he dado gracias a Dios por tu presencia. Han pasado los años: hoy cumples siete. Y ahora te toca a ti, hijo mío, agradecerle al cielo, cada mañana, el regalo de tu vida (Granados García 2010, p. 153).

Esta intimidad de la educación en la relación personal con Dios que ejercieron con él sus padres pertenece al Cardenal Tonini. Con cuántos testimonios más podríamos ilustrar la extraordinaria repercusión que tiene sobre las decisiones y la fortaleza con que se afronta el rumbo que toman nuestras vidas cuando se saben cultivar **las vivencias más hondas** que nos religan con la Verdad, el Bien y la Belleza del Amor que nos ha traído a la existencia. **¡Qué mejor herencia que la visión inocente de lo que da verdadero sentido a ella!** *Gracias a la fe* los hijos van a ir encajando todas las piezas del puzle de los acontecimientos. Lejos de sentirse desconectados, deslavazados, al arbitrio de la buena o mala suerte de la vida, *van a sentir la unidad del Amor que les trasciende* y les orienta hacia un final feliz y victorioso, ¡que para eso hemos sido rescatados del mal y de la muerte por nuestro Hermano, Jesucristo!

Algunas consideraciones concretas desde la Exhortación del Papa Francisco de la *Amoris Leticia* para la misión educativa de la familia

El Santo Padre nos anima a saber **dónde están los hijos** en sentido espiritual y no solo físico, dónde está su corazón. No podemos desentendernos de lo que pasa en sus ratos de entretenimiento y ocio, desocupándonos del poderoso influjo de los medios de comunicación que se cuele dentro de casa y de su habitación a través de la pantalla, no solo del televisor, sino del ordenador, de su móvil, etc. Nos dice: *«sólo los momentos que pasamos con ellos, hablando con sencillez y cariño de las cosas importantes, y las posibilidades sanas que creamos para que ellos ocupen su tiempo, permitirán evitar una nociva invasión»* (nº 260). ¡Qué importante es esta convivencia que forma el juicio, la mirada, la libertad de los hijos desde el hecho de saber cuidar la calidad de nuestras conversaciones más sencillas y entrañables! Lógicamente esto va a llevar consigo una medicina

preventiva en la educación, un poder adelantarse a los peligros reales que tienen: *«Los padres deben orientar y prevenir a los niños y adolescentes para que sepan enfrentar situaciones donde pueda haber riesgos, por ejemplo, de agresiones, de abuso o de drogadicción»* (nº 260). Decía F. Rielo que una de las propiedades de la educación en el amor o en el éxtasis es este *carácter preventivo* que se anticipa al futuro de los **educandos con proyectos que elevan la calidad de vida espiritual, psicológica, física, social** con el fin de **dotarle de más visión y fortaleza** para afrontar los retos que tienen en la vida y sacar de sí mismos toda la capacidad de bien que llevan dentro.

La Exhortación explícita que **la formación moral** de los hijos no la podemos delegar solo a la Escuela —ya hemos visto cómo está hoy el panorama—, pero esto exige *generar en ellos la confianza de nuestro amor incondicional y la autoridad moral de ser testimonio para sus vidas*, como decíamos antes. Esta formación moral —nos dice— incluye el cuidado de *la educación de la voluntad y el desarrollo de inclinaciones afectivas a favor del bien; así como el cultivo de la verdadera libertad*.

Para ello nos recomienda que les eduquemos en el verdadero camino del discernimiento del bien, para que puedan distinguirlo de sus propias apetencias, que puedan reconocer que aferrarse a la fuerza de su deseo puede estar motivado por la manipulación externa de la propaganda o de la moda, o por inclinaciones internas de sus pasiones, que les dañan y esclavizan. En esta sintonía F. Rielo nos dice que **la fruición del bien contemplado otorga fuerza de voluntad y hace llevadero y alegre el esfuerzo porque está movido por el amor**. Desde una pedagogía del éxtasis, nuestra misión sería ponerles en situación de contemplar el sabor que dejará en su alma el bien más perfecto, más puro, la anticipación gozosa de lo que podríamos hacer por otros, la belleza que supone adquirir compromisos fuertes, afectos sólidos y ordenados, la vivencia de ideales generosos y magnos... mostrarles que dejarse guiar por los valores que Dios nos inspira en nuestro espíritu nos proporciona paz, fortaleza y nos ayudan a sacar adelante lo mejor de nosotros mismos, aquellas cualidades y capacidades que nos dio al crearnos. Ni es el férreo moralismo voluntarista lo que educa, ni el buenismo hedonista y egoísta lo que orienta.

Por otro lado, el Papa nos recuerda que la educación de la **voluntad** requiere también de los **hábitos buenos** que pongan en acto el potencial que llevan en su patrimonio espiritual, y esto requiere de los educadores mucha fortaleza, firmeza

y paciencia, perseverando en la esperanza de lograrlos, recurriendo a la motivación del atractivo que supone ese bien, y no sólo al desgaste de una insistencia pesante.

La **educación de la libertad** es una cuestión delicada, decisiva en la formación moral de las personas porque aquí está la clave de que consigamos responder a la grandeza de nuestra dignidad: *«la vida virtuosa construye la libertad, la fortalece y la educa, evitando que la persona se vuelva esclava de inclinaciones compulsivas deshumanizantes y antisociales»* (nº 267) nos dice la Exhortación del Papa, y hace una distinción muy oportuna entre *«acto voluntario»* y *«acto libre»*: *«alguien puede querer algo malo con una gran fuerza de voluntad, pero a causa de una pasión irresistible o de una mala educación. En ese caso, su decisión es muy voluntaria..., pero no es libre, porque se le ha vuelto casi imposible no optar por ese mal»* (nº 273).

Libertad y responsabilidad son inseparables; sin embargo hoy nuestra cultura hedonista ha optado por ignorar esta última, por ello **educar en la responsabilidad** es necesario y urgente. Es importante sensibilizar a los jóvenes y niños en las consecuencias que tienen nuestras acciones, en la capacidad de ponerse en el lugar del otro, y sentir el dolor que le hemos podido causar; si no es así ellos construirán el mundo desde la insensibilidad de su egocentrismo. El Santo Padre nos dice con valentía que **no hay que despreciar el valor de la sanción proporcional y de la corrección como estímulo positivo** y lo concreta añadiendo: *«Hay que orientar al niño con firmeza a que pida perdón y repare el daño causado a los demás»* (268). *«Un niño corregido con amor se siente tenido en cuenta, percibe que es alguien, advierte que sus padres reconocen sus posibilidades»* (269). En ello hay también una gradualidad cuya medida la encuentra el verdadero amor y no la rigidez de los métodos, para sabe tener en cuenta el proceso de maduración en la que se encuentra el educando, y ayudarle a ir alcanzando el éxito de pequeños vencimientos en su conducta, proporcionándole cauces y estímulos.

Resultan sumamente interesantes en el clima que reina en nuestra sociedad la siguiente reflexión del Pontífice:

En este tiempo, en el que reinan la ansiedad y la prisa tecnológica, una tarea importantísima de las familias es **educar para la capacidad de esperar** (...) Cuando los niños o los adolescentes no son educados para aceptar que algunas cosas deben esperar,

se convierten en atropelladores, que someten todo a la satisfacción de sus necesidades inmediatas y crecen con el vicio del « quiero y tengo» Este es un gran engaño que no favorece la libertad, sino que la enferma. En cambio, cuando se educa para aprender a posponer algunas cosas y para esperar el momento adecuado, se enseña lo que es ser dueño de sí mismo, autónomo ante sus propios impulsos (nº 275).

El Papa Francisco subraya como imprescindible que los padres se dejen ayudar por la gran aportación educativa de la Iglesia, a través de la Escuela y Universidad católicas, como a través de las parroquias y entidades juveniles de inspiración cristiana, que dedican sus esfuerzos a la educación en el ocio y tiempo libre.

No podemos abarcar aquí todos los grandes temas educativos que toca esta magnífica Exhortación, valga esto como botón de muestra para invitarles a todos a leerla y sacar por si mismos todas las consecuencias.

Quisiera terminar con unas palabras de gratitud a Cristo como el Maestro o Educador del ser humano por excelencia, cuyo Espíritu ha inspirado a lo largo de la historia un impresionante legado de grandes educadores cristianos que han sabido educar proponiendo, como Él, modelos de vida, han formado su personalidad en la virtud siendo claras referencias para los jóvenes. Sigamos nutriendo nuestra reflexión sobre cómo llevar a cabo del mejor modo la tarea educativa de la familia, teniendo en cuenta cómo lo han hecho ellos, los que sí han sido auténticos, y aprender de cómo han sabido valorar **la importancia de la alegría, de la humildad y de la dulzura; pero también la necesidad de los grandes retos y aspiraciones que exigen firmeza, constancia y espíritu de lucha, motivadas por el amor y el entusiasmo por la verdad, el bien y la hermosura que en Cristo tiene la plenitud máxima.** Hago mías, finalmente, estas palabras de Fernando Rielo:

Cristo es para mí, además del metafísico por excelencia, el divino educador o pedagogo porque, aunque sólo sea históricamente estimado, afirma de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Esta es la trilogía de la sustancia misma de la educación para que el ser humano pueda verificar integralmente su proyecto personal de vida. Esta es la realidad que debe encerrar una pedagogía prospectiva que sólo puede completar su misión (...) «en la medida que ayude a cada sujeto a formular su proyecto personal de vida y a valorar y elegir los medios con que tal proyecto habrá de realizarse en el futuro (Rielo 1992, p. 116).

Referencias

- Benedicto XVI (2008). «Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación». Carta de 21 de enero de 2008. Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Concilio Vaticano II (1965). *Declaración Gravissimum Educationis sobre la educación cristiana*. Vaticano.
- Duch, Lluís (1997). *La modernidad y la crisis de la educación*. Barcelona: Paidós.
- Granados García, L. (2010) «Educar para la responsabilidad: de la educación estética al drama de la vida». En: *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir*, editado por J. Granados y J.A. Granados. Burgos: Monte Carmelo.
- Noriega Bastos, José (2010). «El papel de la amistad con Dios en el proceso educativo». En: *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir*, editado por J. Granados y J.A. Granados. Burgos: Monte Carmelo.
- Rielo, Fernando (1992). «La persona no es ser para sí ni para el mundo». En: *Hacia una pedagogía prospectiva*, editado por V. García Hoz et al. Madrid: Ed. Fundación Fernando Rielo.
- Rielo, Fernando (1996). «Discurso para el XVI Premio Mundial de Poesía Mística». Bolonia, Italia. 12 de diciembre de 1996.
- Rielo, Fernando (2001). *Mis Meditaciones desde el Modelo Genético*. Madrid: Fundación Fernando Rielo.
- Rielo, Fernando (2012). *Concepción mística de la antropología*. Edición de José M^a López Sevillano y equipo de la Escuela Idente. Madrid: Ed. Fundación Fernando Rielo.